

Históricas Digital

José Luis Lara Valdés

“Los últimos cincuenta años de historiografía prehispánica”

p. 249-277

Cincuenta años de investigación histórica en México

Gisela von Wobeser (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Universidad de Guanajuato

1998

350 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 29)

ISBN 968-36-6471-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LOS ÚLTIMOS CINCUENTA AÑOS DE HISTORIOGRAFÍA PREHISPÁNICA DEL CENTRO Y NORTE DE MÉXICO

JOSÉ LUIS LARA VALDÉS

Universidad Autónoma de Guanajuato

Abordamos la historiografía prehispánica del centro-norte de México en los últimos cincuenta años a partir de hechos previos al año de 1946, los cuales consideramos, ante la evidencia de lo compilado, paradigmáticos, tomando en cuenta el riesgo de establecer postulados provisionales en todo estudio en ciernes. En el mejor de los casos la discusión académica (o no necesariamente) confrontará cuanto en seguida anotamos.

De tierras de los bárbaros del norte

En la primera mitad del siglo xx, constituían una tradición los estudios sobre el sur de la Unión Americana, expresados en conceptos derivados de investigaciones etnológicas y etnohistóricas y articulados en fechamientos y descripciones arqueológicas, al parecer, con préstamos inevitables tomados de la historiografía prehispánica de nuestro país, dado el antecedente colonial de aquellos territorios.¹

Al demarcar el objeto del estudio —los grupos hohokam, anazasi, mogollón, hopi y otros—, indagaciones de norteamericanos trascendieron la división geográfica en busca de explicaciones más al sur de su *big southeast* y *southwest*, hasta entrar al territorio que llamaban *the Middle America*, antes de aceptar el concepto de Mesoamérica; la frontera y el territorio de objetos y sujetos de estudio semejantes, aunque diferenciados en cazadores y recolectores, más propios del norte, y las altas culturas del centro de México con sobrevivencia agrícola. Tal tradición habría derivado en una cierta compulsión para el estudio de la historiografía de la conquista y colonización al norte de los ríos Santiago, Lerma y Pánuco, donde los pueblos seminómadas o semisedentarios, guerreros genéricamente llamados chichimecas, según

¹ Para una reflexión sobre las modalidades conceptuales en la arqueología mexicana del siglo xx, véase la tesis doctoral de Daniel Schavelzon (1984). La discusión de la sincronía la sintetiza Cabrero G. (1990). El mejor caso de autor difusionista sigue siendo Covarrubias (1961), toda una corriente dentro de la historia del arte.

las fuentes, vivían en un horizonte cultural muy semejante al de los grupos pima, papago, apache, navajo, etcétera. Una historiografía que aún en este momento se sustenta en las investigaciones históricas, y que no incluyó antecedentes prehispánicos, ya que no hubo, ante los ojos de cronistas, conquistadores, evangelizadores, informantes y demás evidencias de altas culturas a la manera de los mexicas, totonacos, tlaxcaltecas, mayas, purépechas, matlazincas y otros.²

Los estudios efectuados por norteamericanos dan la impresión de poder unir la historiografía tradicionalista con los hechos arqueológicos; todavía podemos leerlos y apreciar aportaciones suyas como: una taxonomía de industria lítica, su temporalidad y lugares donde fueron encontradas y fechadas puntas tipo Clovis, Sandia, Folsom, Yuma y otro instrumental de piedra; una tipología cerámica con términos como *old brown*, *red orange*, *black brown*, etcétera, tomados por los investigadores mexicanos para construir explicaciones que todavía leemos, y que fueron aplicados, para compartir cierto nivel de entendimiento, por los estudiosos norteamericanos financiados por universidades, museos y, acaso, algún coleccionista particular, cuando vinieron a investigar el centro y norte, occidente, altiplano central, costa del golfo, sur y sureste de México.³

Pudiéramos pensar que han venido siendo demarcadas áreas culturales por los objetos arqueológicos, la cerámica, tipos de entierro, los textiles, la arquitectura. Tal deslinde de áreas culturales, por y para efectos de análisis, esto es, de objetos de estudio y de lugares donde se les localiza, habría contribuido a formar una regionalidad confrontada con la generalidad del concepto Mesoamérica, que conduce casi a las mismas conclusiones respecto de hallazgos arqueológicos y estudios etnohistóricos y lingüísticos de aquellas regiones. Entre los resultados de esta corriente de investigadores norteamericanos, en cuanto al septentrión, podemos mencionar la cultura Chalchihuites, así llamada por J. Alden Mason cuando describió los hallazgos arqueológicos efectuados en el centro del actual estado de Durango, referente asumido por Robert H. Lister y Agnes M. Howard en *Late Archaeologic Sites in Durango, Mexico, from Chalchihuites to Zape*, publicado en 1954 por la Sociedad Antropológica de Filadelfia.⁴ Las noticias de este sitio arqueológico, que resultó ser un complejo cultural desenvuelto en gran latitud territorial y temporal, provienen del informe de Elías Amador, *Bosquejo histórico de Zacatecas* (1892). Entre académicos norteamericanos se le conoció en el documento de 1937, *The North Mexican Frontier, Readings in Archaeology, Ethnology and Ethnography*.

² Son varios los estudios que asumen la sincronía y confunden la diacronía; los encontramos en las referencias del trabajo de Campbell. Lo mismo sucede con Porter (1972).

³ Vid. *supra*, notas 1 y 2. Adelante se hace referencia a estudios e investigaciones de mexicanos.

⁴ Kelly, 1983, p. 3-4.

Charles Kelly partió de esta información para establecer sus líneas de investigación y posteriores explicaciones, como la de 1954 en coautoría con William J. Schackelord, *Preliminary Notes on the Weicker Site, Durango, Mexico*, donde explica la ocupación en la frontera norte de Mesoamérica.

Otra área cultural definida se encuentra en Casas Grandes, en el estado de Chihuahua, sitio que distingue la diversidad de las culturas antiguas de la que se tenía conocimiento entre los estudiosos norteamericanos por un reporte sobre cerámica, “Indian Pottery from the Casas Grandes Region, Chihuahua, Mexico” (1923); en 1929, Carmen Alessio Robles publicó *La región arqueológica de Casas Grandes, Chihuahua*, con 46 páginas, 18 láminas y 2 ilustraciones.

El interés por el territorio y los objetos arqueológicos lo compartieron publicaciones de ambos lados de la frontera: fechamientos sobre lítica, estudios osteológicos, supuestos de densidad poblacional, interpretaciones de diseño cerámico, de arquitectura posicional, excavaciones para consolidar y para restaurar, teoría (algunos de estos aspectos se continúan adelante).

En la compilación de trabajos para obtener grados doctorales *Dissertation Abstracts International*, hasta 1974 las tesis de humanidades y ciencias sociales en Estados Unidos indican la utilización del conocimiento acumulado en las ideas en uso. Así, en el resumen titulado “The Tepehuan Indians of Northern Mexico: an Ethnohistorical Study” (Southern Illinois University, 1974), el autor estaría planteando que los tepehuas y los tepehuanos, grupos indígenas de los cuales hay información desde finales del siglo xvi, provienen de la cultura chalchihuitlizada (*chalchihuitized*) de Loma San Gabriel, después de que los mesoamericanos abandonaron el centro de Durango aproximadamente en 1350 de nuestra era. Mediante observaciones etnolingüísticas se identifica en la disertación un vínculo cultural entre tepehuas y tepehuanos con grupos del Gran Suroeste, en el río Gila de Arizona.⁵

Las entidades norteamericanas que financiaron investigaciones con reportes o publicaciones de resultados son, entre otras:⁶

1950-1960 Escuela de Graduados de la Universidad del Sur de Illinois, con patrocinio del Museo Universitario y la American Philosophical Society, Wenner-Green Foundation y la Universidad de Chicago/ Department of Anthropology: trabajos de J. Charles Kelly en el sur de Chihuahua, Durango y Zacatecas.

1953 University of Pennsylvania/University Museum: *The Figurines of Acambaro* (Hapgood).

⁵ *Dissertation Abstract...*, 1975. Se revisó la Parte 1, aun cuando aquí se presenta un dato solamente; al parecer otros trabajos podrían estar considerando la literatura preexistente.

⁶ Algunos de los autores y trabajos son cotejados adelante. Parte de la relación la hicimos localizando en catálogos al público de bibliotecas de Guanajuato y la ciudad de México, véase también García Moll, *Índice del Archivo...*

- 1955 Interamerican Institute.
- 1956 American Philosophical Society: “Excavations at Chupícuaro, Guanajuato” (Porter). Southern Illinois University: “Report on the Archaeological Work Done in La Mesa Central, Durango”.
- 1963 Southern Illinois University: excavaciones en El Cuarenta, Jalisco, y El Cópore, Guanajuato, reportadas como estudios en el norte de Jalisco y Guanajuato. En ellos colaboraron Román Piña Chan y Beatriz Braniff.
- 1965 Estudios arqueológicos en el río de La Laja, Guanajuato (Braniff).
- 1969 University of California/Los Angeles Museum: *The Natalie Wood Collection of Precolumbian Ceramic from Chupícuaro, Guanajuato* (Freiman, McBride, Muriel Porter y otros).
- 1972 Society for American Archaeology: “A Brief Survey of Eastern Guanajuato” (Brown).
- 1972 Columbia University: expedición a Acámbaro.
- 1973 Columbia University: expedición, *Tentative Ceramic Sequence from Acámbaro, Guanajuato* (Snarkis), *The Tarascan-Aztec Frontier: the Acámbaro Focus* (Gorenstein, Pollard, Snarkis y otros).
- 1974 Stanford University/Department of Anthropology: *Models and Innovations: Archaeological and Regional Approaches to Guanajuato, Mexico* (Zubrow, Skinner, Willkens y otros).
- 1976 National Science Foundation.

En esta corriente de estudiosos se puede ubicar ahora a Isabel y Charles Kelly, Phil Wegand, Betty Bell, Clement Meighan y otros como muestra de unos cuantos de los muchos que han transitado por el mar chichimeca, produciendo artículos, conferencias, tesis propias o dirigidas, algunos trabajos más amplios de las regiones norte, centro, occidente y nororiente. Probablemente les sea indisputable el mérito de haber sacudido la inercia del desinterés por el pasado prehispánico en estas zonas, y de haber obtenido financiamiento para emprender estudios antropológicos e históricos. Acaso su esfuerzo y cada vez mayor interés propició el de instituciones oficiales y privadas nacionales. Pero tampoco puede soslayarse que tales investigaciones generaron su contrario: una contracorriente en el terreno de los hechos historiográficos por analistas con mayor percepción de la realidad histórica, como es el caso de Marie-Areti Hers, quien en su obra *Los toltecas en tierras chichimecas*, apunta hacia una propuesta de singularidad regional y anterioridad cultural respecto del altiplano central, lo que volvió a abordar en “Caracterización de la cultura Chalchihuites”.⁷

⁷ Hers, 1989, y *Primera Reunión...*, 1988.

Del centro de las altas culturas

La organización de estudiosos de la antropología en México en 1973 alcanzada al formarse la Sociedad Mexicana de Antropología puede verse como una etapa en la cual maduraron esfuerzos por dar a dicha disciplina un lugar más profesional y, a la vez, procurar nuevos análisis y divulgar sus avances. Ésos son periodos previos que parecen localizarse en la acción del Museo Nacional, cuyos directores y visitantes asiduos estaban preocupados por proteger el patrimonio arqueológico de México, ya desde fines del siglo XIX y el legado intelectual de los antropólogos e historiadores, al parecer en proclamación del valor de sus profesiones ante una sociedad cada vez más pragmática o del de las perspectivas sociales pese a hallarse enclaustradas por las instancias del poder público. En tales acciones es posible identificar a estudiosos como Alfonso Caso, Miguel Othón de Mendizábal, Daniel Rubín de la Borbolla, Rafael García Granados, Wigberto Jiménez Moreno y, al mexicano por nacionalización, Paul Kirchhoff.⁸

De la experiencia de la Sociedad Mexicana de Antropología se deriva otra vertiente historiográfica prehispánica, notoria en los trabajos presentados en las mesas redondas a partir de 1941, en publicaciones periódicas y en obra propia de los fundadores y asociados,⁹ sin dejar de lado la importante labor docente de estos últimos años en universidades y otros centros de estudio donde se aplicaron a sistematizar las disciplinas antropológicas e históricas.¹⁰

La Sociedad Mexicana de Antropología divulgaba sus trabajos en la *Revista Mexicana de Estudios Históricos* dirigida por Manuel Toussaint en 1937, medio hemerográfico que en 1939 pasó al seno de ese organismo con el título *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, conducida inicialmente por Federico Gómez de Orozco. Algunas publicaciones precursoras en materia de estudios del centro y norte son las siguientes:¹¹

- 1927 Ramón Mena y Porfirio Aguirre, *La nueva zona arqueológica*.
- 1945 Muriel Porter de Moedano y Alma Estrada, *La cerámica de Chupícuaro, Guanajuato*.
- 1946 Robert H. Barlow, *Cerro de San Lorenzo, Coahuila*.
- 1953 Antonio de la Maza, *La pamería a través de los tiempos*.

En 1941 se realizó la Primera Mesa Redonda que abordó el problema de Tula y los toltecas, asunto de acumulación historiográfica desde el siglo XVI,

⁸ García Mora, 1988; Coronado Ramírez, 1990.

⁹ García Moll, *La Sociedad Mexicana de Antropología...*

¹⁰ Kirchhoff, 1960.

¹¹ *Ibid.* La cita la tomamos de la presentación.

cuando se atribuía a los toltecas el máximo esplendor. El principal resultado de la confrontación consistió en postular la necesidad de enfrentar problemas de la enseñanza y la práctica de las disciplinas antropológicas e históricas, lo cual resultó extensivo, como temática alterna, en las discusiones y réplicas a trabajos presentados en congresos posteriores. De tal preocupación parecen haber surgido las propuestas conceptuales y de estudio de Paul Kirchhoff a partir de 1943 —Mesoamérica, Aridoamérica y Oasisamérica—, propuestas que inicialmente dejaban a salvo la distancia geocultural entre los grupos del siglo XVI, los llamados de altas culturas y los pueblos del desierto. El postulado de Kirchhoff pretendía una vía de trabajo, para ulteriores debates donde se decantara el resultado de estudios etnohistóricos, lingüísticos y arqueológicos acordes con el modelo propuesto, y así poder llegar a un mayor conocimiento histórico.

En la realización de la Tercera Mesa fueron abordados problemas de las culturas de occidente, y ya aparece en los trabajos un uso generalizado de la propuesta de Kirchhoff, el concepto de Mesoamérica que se convirtió en el medio para ensayar explicaciones como la marginalidad, lo nuclear, o lo ceremonial y lo ritual. Mesoamérica vino a ser y sigue siendo el marco teórico y conceptual de la historia prehispánica, sin haber sido validado ni discutido en sus limitaciones y alcances. La producción historiográfica y la información general de la historia de México ya no se conciben sin tal noción y se llega a dar por sentado que las altas culturas del centro son mesoamericanas diacrónica y sincrónicamente, y que grupos del norte, noroeste y occidente devinieron mesoamericanos o prefiguraron Mesoamérica.¹²

Lo anterior aparece en trabajos publicados como memoria de los congresos llamados mesas redondas o en la *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*. Los que abordaron nuestro objeto de estudio son:

- 1941 Primera Mesa: El problema de Tula (memoria mecanoscrita).
- 1943 Tercera Mesa: El norte de México y el sur de Estados Unidos.
- 1946 Cuarta Mesa: El occidente de México, con el objetivo de dar a conocer trabajos sobre la región y la propuesta de dividir el área en provincias cerámicas, para establecer horizontes culturales.
- 1961 Novena Mesa: Noroeste de México, integrando las culturas del Gran Sureste Norteamericano dentro del campo de estudio prehispánico, particularmente en la diferenciación de Mesoamérica, Aridamérica y Oasisamérica, planteada por Kirchhoff.
- 1963 Décima Mesa: donde pudieron concretarse mejor estos trabajos.

¹² *Ibid.*

- 1972 Decimoprimera Mesa: se aceptó que en las mesas redondas hubiera comunicaciones y deliberaciones generales, a la par de una temática elegida como problema de estudio; entonces Braniff presentó sus secuencias arqueológicas en Guanajuato y la cuenca de México. Intento de correlación.
- 1975 En esta ocasión la temática la constituyeron las fronteras de Mesoamérica, lo cual hizo posible trabajar con temas de confrontación como el que presentó Eric Taladoire, “El juego de pelota en Teotihuacan y sus posibles relaciones con el occidente de México”.
- 1977 Decimoquinta Mesa: realizada en la Universidad de Guanajuato, con la concurrencia de investigadores locales. Se analizaron, entre otros trabajos: “Presencia teotihuacana en Guanajuato” (Bejarano), “Historia antigua de la ciudad de León” (Jiménez Moreno) y “El Bajío y la significación de su gran frontera” (Pompa y Pompa).
- 1978 Simposio “Problemas del desarrollo histórico de Querétaro”, donde Braniff apuntó la necesidad de examinar el pasado prehispánico interregionalmente, y aclaró que el término de Mesoamérica marginal había incurrido en conceptos despectivos sin ningún vínculo con la realidad histórica.
- 1983 Decimooctava Mesa: se abordaron problemas del occidente de México.
- 1985 Decimonovena Mesa: los congresistas se plantearon la validez teórica de Mesoamérica. Algunos trabajos del centro-norte entonces presentados fueron: “Mesoamérica y el noroeste de México” (Braniff), “Evaluación del concepto de Mesoamérica desde la frontera noroccidental” (Kelly), “Sí, Guanajuato pertenece a Mesoamérica” (Nieto y Paterson) y “El occidente de México, ¿marginal a Mesoamérica?” (Schöndube).
- 1996 La Mesa vuelve al problema que nos ocupa, con la temática “Historia y arqueología del occidente de México”.

Dos grandes aportaciones de la Sociedad Mexicana de Antropología —o asociadas a ella en el tiempo— son la creación del Instituto Nacional de Antropología e Historia y su extensión en los diversos estados del país y la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Mas, antes de abordarlas, será necesario detenerse en esa institución intelectual donde ha cristalizado el concepto de Mesoamérica.

Conceptos que orientan líneas de investigación

Como ya se mencionó, fue en 1943 cuando se publicó *Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales*, para establecer una

superárea cultural a partir de lo que tenían en común los pueblos y las culturas de una determinada parte del continente americano y lo que los separaba de los demás, propuesta de trabajo que, con todo y las limitaciones que Kirchhoff anunciaba, vino a convertirse en la categoría histórica más significativa del México prehispánico. Una de las debilidades que anotaba el autor era la falta de profundidad histórica, esto es, la aplicación de los mismos principios a épocas anteriores, retrocediendo paso por paso hasta la formación misma de la civilización mesoamericana.

Otras insuficiencias le han encontrado otros estudiosos al utilizar el concepto o al debatirlo, enriqueciendo una historiografía más teórica y metodológica, esa que privilegia la episteme más que el objeto de estudio: ahí están los trabajos teóricos de la historia prehispánica que México ofrece; falta sistematizarlos. El uso que se le dio durante casi veinte años hizo que, en la segunda edición de *Mesoamérica*, Kirchhoff afirmara: mientras que muchos han aceptado el concepto “Mesoamérica”, ninguno, que yo sepa, lo ha hecho objeto de una crítica constructiva o lo ha aplicado o desarrollado sistemáticamente.¹³

De Mesoamérica quedaba excluido el territorio motivo de este trabajo y se daba la razón a los europeos del siglo XVI que no encontraron ciudades ni grupos de alta cultura en el centro-norte de aquella Nueva España. Tal fue el *corpus* documental que conoció Kirchhoff hacia 1943 y del cual derivó las propuestas de demarcar territorialmente a las altas culturas prehispánicas, diferenciándolas de las tribus seminómadas o semisedentarias de los actuales estados de Querétaro, Guanajuato, San Luis Potosí, Jalisco, Aguascalientes, Zacatecas, Durango, Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua, Sonora, Baja California y Baja California Sur. Así, acaso sin intención, Kirchhoff remarcó la línea historiográfica trazada por Hernán Cortés en 1524 para la conquista y colonización, cuando dijo: “entre la costa del norte y la provincia de Mechuacan hay cierta gente y población que llaman chichimecas; son gentes muy bárbaras y no de tanta razón como estas provincias”.¹⁴

Es hoy un lugar común afirmar que no hubo historia prehispánica, salvo la de los siglos próximos pasados a 1524, la de los bárbaros chichimecas, en estas latitudes. Registros arqueológicos e historiográficos efectuados en los años posteriores, por sí mismos, no hacen variar el postulado mesoamericanista, en cuanto a la presencia o ausencia de elementos culturales localizados y estudiados, que puedan asociarse, en la profundidad del tiempo, con los de las tablas del etnohistoriador. Ni Hernán Cortés ni Paul Kirchhoff tuvieron a la vista los complejos arquitectónicos de Alta Vista, Chalchihuites, La

¹³ *Ibid.*

¹⁴ Hernán Cortés citado por Jiménez Moreno, 1944, p. 9.

Quemada, la Cañada de Bolaños, Teziutlán, la cuenca del Río Verde, casi todo San Luis Potosí y Guanajuato, y el centro y norte de Querétaro.

Kirchhoff, en cuanto se enteró, dio forma a otros postulados, incluso descripciones, cuando conoció y supo de los restos soterrados en todo el centro y otros más distantes en el norte de México. La historia la intentó al conocer y describir la cerámica de Chupícuaro, asociándola al contexto geocultural del occidente de México en otro trabajo suyo de 1946, donde ensayó la diacronía, tomando como objeto de estudio figuras cerámicas provenientes de Colima, del occidente de Jalisco y del sur de Nayarit, “cerámica de extraordinaria riqueza por los detalles descriptivos de los habitantes de la zona que en ella se representan [...] verdadero espejo de la cultura de los hombres que la hicieron”.¹⁵

Las observaciones formuladas por Kirchhoff en un elaborado texto explicativo asocian las figuras desnudas de la cerámica de Chupícuaro con las piezas localizadas en la región arriba mencionada, no sólo por la ausencia de vestido sino por una serie de rasgos típicos, encontrados también en una zona tan lejana como es la de Chupícuaro, Guanajuato. Con bastante frecuencia vemos un adorno sobre los hombros que parece consistir en una serie de cicatrices artificiales; ejemplos aislados de ello se encuentran entre los de taparrabo y también en una figura proveniente de Chupícuaro. La extraordinaria riqueza de detalles encontrada en esta cerámica nos permite vislumbrar un mundo distinto al conocido del resto de México. Un mundo que revela costumbres, leyes e ideas propias; pero del cual ni siquiera sabemos la fecha de su existencia ni la extensión geográfica que tuvo, aun cuando contamos con cierta base para pensar que en un tiempo abarcaba todo Michoacán, llegando hasta la zona de Chupícuaro, Guanajuato.¹⁶

Occidente es otro término que necesitamos tener en mente cuando queramos enterarnos de la historia prehispánica del centro y norte, acaso porque el sitio llamado Chupícuaro queda en la zona purépecha del siglo XVI, entre el río Lerma y los límites con Michoacán, lo cual deja ver, entre otros, a Piña Chan y Rubín de la Borbolla, quienes trataron de establecer una demarcación geocultural, propia del formativo temprano, formativo tardío o preclásico, entre el lago de Cuitzeo y el río Lerma.¹⁷

De 1949 a 1960 se realizaron excavaciones y rescates de piezas arqueológicas en Nayarit, Colima, Zacatecas, Michoacán y Jalisco, trabajos que enriquecieron el concepto regional de occidente, según lo establece José Corona Núñez en conferencia dictada en el Palacio de Bellas Artes en agosto de 1956: “por occidente entendemos la región ocupada actualmente por los estados de

¹⁵ Kirchhoff, 1946, p. 3.

¹⁶ *Ibid.*, p. 6, 15 y 23.

¹⁷ Piña Chan y Rubín de la Borbolla (1996).

Michoacán, Jalisco, Colima y Nayarit, ocupados por diversas gentes que nos dejaron monumentos y piezas arqueológicas⁷. Resulta importante la apreciación del arqueólogo para diferenciar los planos de poblados antiguos de occidente, en relación con los del altiplano central: se ajustaban a un patrón disperso, regido por los accidentes del terreno, arroyos, barrancos, ríos, etcétera. Pese a la descripción, al parecer por una percepción general, no hubo trabajos sobre los vestigios arquitectónicos hasta la década de los años setenta en adelante, en Michoacán, Jalisco, Guanajuato, Zacatecas y Durango.¹⁸

En la década de los años sesenta, estudiosos de la república francesa contribuyeron a esclarecer este problema. El doctor Jean Lesage inició un trabajo que sólo pudieron culminar casi veinte años más tarde otros investigadores de la misma nacionalidad; reunió una colección de 8 963 piezas líticas en Villa de Arriaga, Guadalcázar, Moctezuma y Villa de Hidalgo, municipios de San Luis Potosí, y agregó otras piezas de las entidades norteañas de Chihuahua y Coahuila. Los franceses, expertos en diversas disciplinas, a través del Centre d'Études Mesoaméricaines et Centraméricaines, realizaron actividades de recolección, estudio de superficies, excavación arqueológica, interpretación de pinturas rupestres, etnografía y etnohistoria, con propósitos de acopiar material para elaborar disertaciones doctorales; de su trabajo dejaron reportes en las instancias de investigación nacional con las cuales colaboraron o en representación de las cuales participaron en proyectos conjuntos.

Claire Céra integró el área a su tesis de maestría (1977), *Peintures rupestres préhispaniques du Mexique*, y manifestó el propósito de continuar en nivel de tesis doctoral el análisis del arte rupestre de Guanajuato. En el mismo año Jean-Françoise Lecaillon preparó una bibliografía arqueológica e histórica del estado de Guanajuato, para el informe de las excavaciones de las presas La Gavia y La Purísima. En tal actividad intervino también Eric Taladoire, quien ha publicado artículos sobre arquitectura arqueológica de Guanajuato y ha dejado documentos en el archivo y biblioteca del CEMCA, aún sin publicar.

Los trabajos desarrollados en el centro-norte llevaron a precisar tradiciones líticas en el tiempo, tecnología común en la talla de lascas preparadas de riolita con orillas naturales en la mayoría de los casos, característica identificada en la lítica localizada en los estados limítrofes al occidente de México, Guanajuato, San Luis Potosí, Sonora, Zacatecas y otros; este rasgo no se observa en lítica de cazadores-recolectores de otras regiones. La diferenciación en el uso de la lítica llegó a establecer una ausencia de las navajas prismáticas de obsidiana, comunes en Mesoamérica durante el horizonte clásico, en las entidades mencionadas. Otro atributo compartido entre el centro-norte de México y Coahuila y Chihuahua son pequeños artefactos muy finos de rocas silíceas

¹⁸ Corona Núñez, 1972, p. 7.

(raspadores, puntas de flechas y cuchillos) y hachas con garganta, artefactos del posclásico de aquellas áreas.¹⁹

En palabras de un estudioso, se trata de la apreciación del desarrollo social y cultural por la variable geográfica. Las diferencias presentadas por el medio ambiente de las poblaciones nómadas y el de los agricultores sedentarios fueron consideradas como determinantes en los modos de vida y hábitos culturales de cada uno. Así, la noción de frontera cultural implica, paralelamente, la de una zona de transición entre el centro-norte árido y el resto más húmedo del territorio.²⁰

Otros conceptos que forman parte de observaciones esteticistas y descriptivas de la forma y de la técnica configuran otra corriente historiográfica, la del arte prehispánico, muy apreciada antes de la sistematización historiográfica del surgimiento de las carreras de historia. Entonces el análisis sucedía desde la apreciación del objeto como expresión de arte, tal como lo hacía Kirckhoff en el documento anotado, sin que faltaran publicaciones sobre la descripción del objeto meramente arqueológico. Al parecer, por la tradición historiográfica del arte griego y egipcio, así se acostumbraba entre académicos de la Universidad Nacional como Salvador Toscano, Manuel Toussaint, Justino Fernández e Ignacio Bernal, quienes destacaron valores estéticos, expresiones plásticas y el objeto desde el objeto mismo. El arte y el coleccionismo para la museística privada o pública, así como las explicaciones escolares, tenían su propio peso.

La singularidad y la belleza de las piezas de cerámica funeraria de Chupícuaro se exhibían en los museos antes de los trabajos de Rubín de la Borbolla, Muriel Porter, Estrada Balmori y Piña Chan, entre 1945 y 1946, en el rubro de cerámica tarasca, lo cual se modificó una vez que estos arqueólogos establecieron que tales obras evidenciaban un desarrollo tan peculiar en la materia que constituían una de las cerámicas más importantes de México, y correspondió a una sola época y un solo horizonte cultural —comprobados por dicha alfarería—, por lo cual a la cerámica Chupícuaro se le debe considerar como perteneciente a un complejo cultural distinto y más antiguo que la llamada tarasca.²¹

Para la historiografía prehispánica de occidente, Chupícuaro es el antecedente de la cultura tarasca, según se decía en las placas del Museo Michoacano de los años sesenta y en un número de *Artes de México* —esa publicación que puede verse como un escaparate del orgullo nacional—, dedicado por completo a occidente, se iniciaba con el Bajío de Guanajuato como paisaje histórico de las culturas de occidente, dándose por hecho que ahí está el pasado

¹⁹ Rodríguez, 1983, iii-iv.

²⁰ *Ibid.*

²¹ Los artículos de estos autores, junto con los de Estrada Balmori y Porter publicados en 1946 y 1947, han sido reeditados en *Cuadernos del Seminario de Estudios Prehispánicos*, 1996.

remoto, y luego las bellas fotografías de cerámica Chupícuaro, nayarita, colimense y tarasca hacen lo propio al ostentar sus semejanzas y diferencias entre sí en lo tocante a elementos decorativos.²²

La historia prehispánica institucionalizada

La labor de saqueo y exportación de objetos prehispánicos, emprendida desde el siglo XVI y practicada sobre todo en el XIX, afectó los estudios sobre el pasado prehispánico, por lo cual en distintas épocas las autoridades nacionales y estatales se preocuparon por emitir leyes para proteger el patrimonio cultural, en particular el arqueológico. No podemos afirmar siquiera que muchos estudiosos norteamericanos y europeos acompañaran sus preocupaciones académicas con algún encargo en museos o colecciones privadas, y precisamente esto último ocasionó el surgimiento y apogeo de magníficos artesanos capaces de engañar con piezas nuevas en imitación de las antiguas. No pocos catálogos se revisan de cuando en cuando para evitar el engaño, y hay que advertirlo porque no pocas investigaciones descriptivas y epigráficas pueden tener esas falsas antiguallas como sostén. Acaso en la colección Natalie Wood de California no todo sea Chupícuaro. Conocido es el escandaloso caso de artesanos que elaboraron en barro de la región animales fantásticos para venderlos a un coleccionista avecindado en Acámbaro.

Entre estas burlas del destino no pocas piezas auténticas han salido del país merced al afán de contrabandistas que destruyen un recinto histórico por preferir las piezas sensacionales y privando a la arqueología, la historia y las demás disciplinas antropológicas de una práctica profesional. También han destruido estructuras arquitectónicas para aprovechar los materiales pétreos en construcciones a partir del siglo XVI y todavía hasta ayer. Más grave y penoso resulta ver la puesta en acción de obras públicas que ponen por encima del patrimonio cultural y los intereses académicos las conveniencias coyunturales políticas y económicas, como en el caso de la presa Solís, que inundó 59 000 hectáreas para conformar un vaso de agua de 29 km de longitud, enorme extensión de donde los arqueólogos recogieron cuanto pudieron de la cerámica Chupícuaro. Otras presas en Guanajuato —La Purísima, La Gloria— y un gasoducto entre Salamanca, Guanajuato, y Degollado, Michoacán han sido obra pública con pleno conocimiento del daño irreversible ocasionado al conocimiento de tipo histórico.²³

²² Las cédulas del Museo Michoacano no han sido modificadas a la fecha. La descripción gráfica de la cerámica en *Artes de México*, 1969. Para mejor precisión de la catalogación como cerámica tarasca véase Noguera, 1942.

²³ Esta cuestión del patrimonio la he abordado en el artículo que presenta *Cuadernos...*, 1996.

Ante acciones de tal naturaleza no hay historiografía, ya que las evidencias quedan pulverizadas y es penosa la recuperación arqueológica. Pero, como si se tratara de una inevitable reacción de contrarios, el Estado mismo ha creado la instancia para estudiar, proteger y divulgar los valores nacionales: el Instituto Nacional de Antropología e Historia, valioso organismo que ha conformado una comunidad de académicos con el pecado original de ser institucionales, pese a su probada ética profesional, hecho por el cual hay también vertientes historiográficas muy variadas, debido a las corrientes teóricas y metodológicas de la antropología y la historia de los años que ahí se han analizado.

En 1939 se creó el Instituto Nacional de Antropología e Historia, y con él tomó forma una centralización de la vida antropológica nacional. De inmediato se hizo presente la necesidad de consolidar el esfuerzo con la mejor práctica docente posible, y, para ello, en 1942 se estableció el Departamento de Antropología dentro del Instituto Politécnico Nacional, ciñéndose de alguna manera a la política indigenista y utilitaria de las administraciones públicas en aquel entonces. Se trataba de una empresa con antecedentes en el Museo Nacional, la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología, y la Escuela Mexicana de Antropología y de un proceso de experimentación para la Escuela Nacional de Antropología e Historia, la cual al establecerse fue la secuela docente del INAH, mientras el Museo Nacional se consagró a la labor de divulgación del mismo instituto.

En el cuerpo de profesores —de los cuales algunos ya han sido mencionados— se perfilaron tendencias historiográficas: Paul Kirchhoff explicaría el uso del concepto Mesoamérica, Daniel Rubín de la Borbolla se orientaría al indigenismo y la antropología física, Wigberto Jiménez Moreno a la etnohistoria, Ignacio Bernal al arte y la arquitectura, Robert Weitlaner a la etnografía empírica. En 1942 la pléyade de transterrados españoles nutrió muy provechosamente a la institución comentada, en el plano de la docencia y la investigación. Juan Comas Camps y Pedro Bosch Gimpera fueron profesores; Ángel Palerm, José Luis Lorenzo y Pedro Armillas, alumnos. Con todos ellos y otros más, empiezan la historiografía antropológica del INAH y el cerco impuesto a los estudios históricos prehispánicos regionales, los cuales no debieron avanzar si no era a la zaga de cuanto publicaban los investigadores del INAH, so pena de ser ignorados o tildados de nada serios.

El esfuerzo institucional, en lo que a proteger el patrimonio se refiere, se entendió en las entidades objeto de nuestro estudio durante la década de los sesenta, aunque en los archivos del INAH ya aparecen reportes, denuncias, informes y artículos de diferentes sitios con fechas anteriores:²⁴

²⁴ En la compilación bibliográfica de Pompa y Pompa (1962) no hay registros para el centro-norte de México, lo cual puede entenderse ya que no habían sido establecidos los centros de trabajo fuera del Distrito Federal. Esta relación se complementa con García Moll, *Inventario del Archivo...* En cuanto a la trayectoria de las instituciones, véase Coronado Ramírez, 1990.

- 1940 Informe de la cueva de San Pedro Cerritos, San Luis Potosí. Informe de los trabajos de exploración en las zonas arqueológicas de Tamposoque y Tanganhuitz, San Luis Potosí.
- 1942 Reconocimiento arqueológico en los estados de Chihuahua, Durango y Zacatecas.
- 1942 Inspección arqueológica de los sitios: Villa de Reyes, El Cuicillo y El Salitre, valle de San Luis Potosí.
- 1945 Informe preliminar sobre el sitio arqueológico de Chupícuaro, Michoacán [sic].
- 1946 Informe de las exploraciones arqueológicas en Tamuín, San Luis Potosí.
- 1954-1958 Notas de la arquitectura de Schroeder, Durango.
- 1955 Informe de los petroglifos hallados cerca de la Ferrería, Durango.
- 1956 Tipos cerámicos de Alta Vista y Chalchihuites, Durango.
Diseños de tepehuanos.
Reconocimiento arqueológico en la región de Durango.

Deben mencionarse las ediciones de INAH/SEP, aunque en sus catálogos no es amplio lo que se refiere al centro-norte de México, mas ya de inevitable consulta, al igual que la revista *Arqueología Mexicana*, en sus dos épocas recientes; son la historiografía de vertiente arqueológica y otras disciplinas antropológicas aportaciones para el conocimiento del pasado prehispánico. En la época actual hay un cuidado detalle al divulgar con la argumentación sin las disertaciones críticas, a diferencia de lo ocurrido en la anterior, cuando era justamente lo contrario, pues la preferencia por líneas argumentales analíticas y reportes técnicos era notoria en trabajos como “Oscilación de la frontera norte mesoamericana: un nuevo ensayo” (Braniff; n. 1, 1989) y “Arqueología de cuencas lacustres. El impacto humano en Guanajuato y Michoacán” (Metcalf, Brown y otros; n. 4, 1990). En el número 6 de la época actual (1994) los artículos informan, con más imágenes que texto y sistematización cronológica en sincronía, de la importancia arqueológica de La Quemada (Jiménez), Chalchihuites (Schiaventi), el norte de México (Braniff) y Paquimé (Brown). El occidente fue materia del número 9 (1994), con artículos de Schön-dube —“El occidente de México”—, Mountjoy —“La cultura capacha”—, Persltein Pollard —“Tzintzunzan, capital del imperio tarasco”— y Soto —“La tradición cultural Teuchitlán”. En el número 10 hay un trabajo que sintetiza la experiencia de Beatriz Braniff en el norcentro: Paquimé. El último número está dedicado a los tarascos.

Los investigadores no cejan en producir reflexiones, descripciones y explicaciones, algunas publicadas por el INAH y otras por instituciones distin-

tas en memorias de reuniones académicas y en antologías, donde se compilan trabajos incluso anteriores a la existencia del INAH y de estudiosos que no pertenecen a él, como:

Mesoamérica y el centro de México (Monjarás-Ruiz, Brambila y Pérez-Rocha, 1985).

Primera Reunión sobre Sociedades Prehispánicas en el Centro-Occidente de México (1988).

La obsidiana mesoamericana (Gaxiola y Clark, 1989), con trabajos de Castañeda ("Los talleres de obsidiana en San Bartolo Aguacaliente"), Rodríguez ("Métodos de análisis descriptivos para el estudio de instrumentos lasqueados. Presentación y algunas aplicaciones de materiales líticos procedentes del estado de Guanajuato").

El preclásico o formativo, avances y perspectivas (1989), con trabajos de Kelly ("The Retarded Formative of the Norwest Frontier of Mesoamerica"); Foster ("El formativo en el noroeste de México: perspectiva"); Braniff ("El formativo en el norte").

Arqueología de San Luis Potosí (Dávila Cabrera y Zaragoza Ocaña, 1991).

Querétaro prehispánico (Crespo y Brambila, 1991).

A propósito del formativo (Castillo Mangas, 1993), con trabajos como "El formativo en la región norcentral de Mesoamérica: comentarios sobre algunos asentamientos agrícolas prehispánicos" (Sánchez Correa) y "Presencia de cerámica del formativo en distintas regiones" (Moguel Cos).

Paleontología de Aguascalientes: bibliografía comentada (Valencia Cruz y Guzmán Gutiérrez, 1994).

Son éstas las fuentes inevitables para conocer las regiones y establecer líneas de investigación arqueológica-histórica.

A su vez, cada región tiene una historia particular en la vida del INAH. En 1960 se informó en el *Periódico Oficial del Estado de Guanajuato* la creación del Instituto Regional de Antropología e Historia, para darle viabilidad y jurisdiccionalidad al instituto federal en la materia. En 1968 se estableció la delegación estatal del INAH, asociando objetivos académicos con la Universidad de Guanajuato, en donde surgieron las publicaciones de los primeros esfuerzos por estudiar la historia antigua del territorio, concretamente de sitios arqueológicos de León.²⁵

Otros estudiosos del INAH adoptaron la visión en profundidad que pedía Kirchhoff: Eduardo Noguera al examinar, en 1937, 1945 y 1961, sitios

²⁵ Al parecer en cumplimiento de lo dispuesto por el legislador guanajuatense del INAH y la Universidad de Guanajuato trabajaron juntos, según se desprende en Alfaro, adelante referido.

como Las Ánimas y La Gloria, entre otros, demostró la anterioridad de la arquitectura de Guanajuato respecto de la tarasca y estableció una asociación al norte entre Chalchihuites y La Quemada; Carlos Margáin, con trabajos de 1958 a 1960, al estudiar La Gloria, Los Locos y cerrito de Jerez, y al ampliar sus observaciones a la arquitectura prehispánica de Querétaro, apuntó también hacia San Luis Potosí, en Tangamanga. Pero ha sido Beatriz Braniff quien, recorriendo a pie el estado (como ella ha dicho), hizo y rehizo modelos a partir de la fe mesoamericanista, y llegó a la certidumbre de una Mesoamérica de frontera y una Mesoamérica marginal, hasta precisar diferencias totales.²⁶

Guanajuato, como campo de prácticas estudiantiles de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, ha tenido temporadas en que lo visitan maestros y alumnos, como en el cerro de Huanimaro y el municipio de Abasolo en 1973, o en 1977-1979 el proyecto Lerma, impulsado por Enrique Nalda en busca de establecer provincias cerámicas. También como rescate arqueológico emergente por obras públicas, como en 1981 con la brigada de la ENAH que trabajó adelante de las compañías responsables de tender el gasoducto desde el municipio de Salamanca, y atravesando los de Valle de Santiago y Yuriria. De ello, son historiografía algunas tesis de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, y se espera que lleguen a serlo los informes, reportes, denuncias, correspondencia y otras especies administrativas impresas de los archivos del Centro Regional de Guanajuato y de la Dirección de Monumentos Prehispánicos, así como de la de Salvamento Arqueológico de la administración central en la ciudad de México.

Sería plausible que tal sea la historiografía oficial, o que de tal comunidad académica surjan los historiógrafos oficiales de donde se nutre la política educativa en materia de divulgación de los valores nacionales, y a la cual recurre el Estado por serle necesario institucionalmente, pero también es más probable que la negativa a seguir una línea institucional tenga a no pocos académicos en espera de ver publicados sus mejores esfuerzos.

Un concepto de regionalidad es notorio en los estudios publicados por académicos del INAH de Querétaro y Guanajuato; la interrelación histórica aparece en las ponencias de la *Primera Reunión sobre Sociedades Prehispánicas en el Centro-Occidente de México* (Querétaro, 1985), en los trabajos participantes en el *Homenaje a Eduardo Noguera Auza* ("Elementos cerámicos de asentamientos toltecas en Guanajuato y Querétaro", de Crespo y Flores, y "Estudios de la cerámica anaranjada delgada", de Brambila); por cierto que en tal ocasión José Arturo Oliveros postuló la mayor antigüedad, en occidente,

²⁶ Es paradigmático el hecho de que Braniff hiciera estudios arqueológicos a su paso por Jalisco, San Luis Potosí, Guanajuato, Sonora, Chihuahua; debido a ello, entendemos, tiene una visión más interregional ya que sus trabajos y comunicaciones hacia allá se dirigen. Otros arqueólogos le siguen en el mismo método, Ramos de la Vega y López Mestas Camberro para los casos de Guanajuato, Jalisco y Colima, y Zepeda para Guanajuato y Nayarit.

del juego de pelota, por el hallazgo de figurillas de barro de jugadores de pelota, según señala el autor, entre las ofrendas del Opeño, Michoacán. Más ilustrativos del hábitat arquitectónico prehispánico son los trabajos que conforman la publicación especializada del Seminario de Arquitectura Mesoamericana de la Facultad de Arquitectura de la UNAM (n. 25, 1993), donde el mismo grupo de estudiosos de Querétaro y Guanajuato reconsideran aspectos previamente trabajados en la compilación *Querétaro prehispánico* (1991). Tales investigaciones capitalizan esfuerzos anteriores y los enriquecen más con inquietudes que con explicaciones históricas.

El Centro Regional de Guanajuato, por su parte, suma la experiencia de sus investigadores en una publicación semanal del diario local *El Nacional de Guanajuato*, donde se abordan los aspectos fundamentales del INAH, en un nivel de divulgación, lo cual hace esperar que, al menos en Guanajuato, la historia antigua no sea más aquella de los chichimecas. Los artículos ahí difundidos, mientras no se publiquen otros documentos más propios de la investigación, no pueden dejar de ser indicativos para las investigaciones históricas. Por su parte, el arqueólogo Castañeda presenta como tesis de grado el resultado de años de trabajo: *Un antiguo señorío en el Bajío guanajuatense. San Bartolo Aguacaliente* (Jalapa, 1992), y con ello brinda la clave historiográfica necesaria para entender el horizonte de asentamientos humanos en el Bajío en las primeras centurias de este milenio.

Por estos reportes en diversos niveles de discurso se conoce que, en Guanajuato, no todo es Chupícuaro, pues no solamente hubo aldeas campesinas entre el río Lerma y el lago de Cuitzeo, según registros arqueológicos del INAH; en efecto, hay asentamientos de importante magnitud y singularidad arquitectónica entre el río Lerma y las mesetas de San Luis Potosí, zona que fue el campo de estudio de Braniff. Actualmente se trabaja en la consolidación de un sitio en el municipio de Allende, llamado Cañada de la Virgen. Con todo lo mencionado, la historiografía sobre asuntos prehispánicos debe ser cautelosamente considerada, puesto que, como producto de la arqueología, está ausente el oficio de historiar, lo cual parece entendible en el siguiente apartado.

Atributos de avatares regionales

En los estados del país la tradición investigadora se ha fincado en las universidades locales, para cumplir con la función social de conocer y participar en el entorno en el cual se inscribe la institución educativa, pues aun cuando algunas alcanzan el rango de autónomas no abandonan la misión social universitaria. Departamentos, centros o institutos de investigaciones humanísticas, de ciencias sociales o expresamente históricas subsisten con la concurrencia

de profesores y a veces como extensión de las materias de que son titulares o de los seminarios o talleres. Sólo recientemente puede considerarse que la investigación ha sido profesionalizada, por lo cual los trabajos de historia prehispánica, con la gran cantidad de fuentes ya enumeradas, probablemente salgan a la luz en el siglo XXI.

Se gravita alrededor de la historiografía disponible, la norteamericana, la antropologista y la del INAH, a la vez que se va generando la propia, cuando no apenas instrumentos de trabajo como catálogos, repertorios de objetos arqueológicos o de archivos, siempre con cautela respecto del monopolio de la verdad que reclaman para sí las fuentes o agradeciendo la actitud de autores que no se niegan a ejercer la crítica en la construcción de explicaciones diferenciadas. Se trata de historiadores formados en las magnas casas de estudios de cada entidad, las universidades de Michoacán, Guanajuato, Nuevo León y Zacatecas; de sociólogos de la de Durango; de abogados y geógrafos de la de San Luis Potosí; de arqueólogos e historiadores de las de Jalisco. Los programas de posgrado en historia son de reciente forja en Zacatecas y sólo alcanzan nivel de diplomados en San Luis Potosí. Pero sí puede notarse una historiografía resultado de prácticas empíricas, esto es, producida por personas que no son ni arqueólogos ni historiadores, y de las publicaciones de entidades públicas que incluyen de vez en vez información sobre el pasado prehispánico regional.

En León, Guanajuato, el *Boletín del Archivo Histórico Municipal*, publicó en 1970 “La zona arqueológica de Las Ánimas”, de Eduardo Noguera (n. 62), y “Zona arqueológica de Ibarilla”, de Emilio Bejarano (n. 63). Esa misma institución, en varios números de 1992 del medio de divulgación *Tiempos*, renovó el interés por la arqueología del municipio, reportando los trabajos de Ramos de la Vega y otros.

El arqueólogo Bejarano, maestro de la carrera de historia, Alfredo Pérez Bolde, José Lanuza y otros, profesores de la Universidad de Guanajuato integrados al Departamento de Investigación creado en 1967, antecedente de los actuales centros de estudio de aquella casa, examinaron en 1969, en un trabajo interdisciplinario, asentamientos arqueológicos de León, cerros y cañada de Alfaro de Cerritos de Jerez, según reportaron en la publicación *Revista de la Universidad de Guanajuato* (n. 10). Una segunda parte anunciada no se publicó, y no se conoce todavía su paradero. El sitio no volvió a ser analizado sino hasta 1987 por Ramón de la Vega, Zepeda García Moreno y López Mestas C., cuyas conclusiones aparecieron en una publicación de la Universidad Iberoamericana-León, donde se muestran las plantas de los asentamientos de éstos y otros lugares del municipio.

En 1944, el entonces Colegio del Estado, antecedente de la Universidad de Guanajuato, colaboraba en el rescate de piezas arqueológicas para crear un Museo de Arqueología de Guanajuato. En la publicación *Umbral* aparecieron los primeros artículos sobre Chupícuaro en 1946 y 1947: “Problemas de

la arqueología de Chupícuaro” (Rubín de la Borbolla), “Funeraria en Chupícuaro” (Estrada Balmori y Piña Chan) y “La cerámica procedente de Chupícuaro, Guanajuato” (Porter de Moedano). *La Revista de la Universidad de Guanajuato* publicó, aparte del trabajo sobre Alfaro, “Pipas precortesianas” (n. 11, 1968), “Braseros ceremoniales prehispánicos de San Miguel Allende” (n. 18, 1969), ambos de Miguel Malo Zozaya, coleccionista de San Miguel de Allende, quien también publicó en *Artes de México* (n. 139, 1969) una “Visión de San Miguel prehispánico”.

Colmena Universitaria, publicación del Centro de Investigaciones Humanísticas, difundió trabajos de la Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, en su número 38 (1977), además de “El Bajío y la significación de su gran frontera” (Pompa y Pompa) e “Historia antigua de la ciudad de León” (Jiménez Moreno); este último, pese a su título localista, es un trabajo que establecerá la etnografía y la etnohistoria regionales. Otro más del mismo autor fue publicado en 1986: “Cultura nacional y culturas regionales, integración armónica de la diversidad” (n. 63-64). Los tres pueden considerarse para la teoría de la historia prehispánica regional.

Catedráticos de la Universidad de Guanajuato han colaborado en ediciones con otras instituciones, en la compilación *Guanajuato: historiografía de El Colegio del Bajío* (1988), donde se encuentran estos trabajos: “Estudios antropológicos y etnohistóricos en Guanajuato” (Rionda Ramírez), “Arqueología del Bajío y áreas vecinas” (Brown), “Acámbaro indígena, colonizador y evangelizador en el siglo XVI” (Rionda Arreguin) y “El Panteón de San Sebastián: un tema para la historia de la ciudad de Guanajuato” (Castañeda y Cervantes). Con el Instituto Nacional de Educación para Adultos, Lara Valdés y Salazar y García elaboraron, en un nivel de comunicación suficiente para lecturas de apoyo a los adultos recién alfabetizados, una *Historia mínima de Guanajuato* (1990). En ella, la parte denominada “El tiempo prehispánico” representa la primera síntesis histórica de la región, con las fuentes disponibles hasta 1988.

En 1994, un grupo de profesores de historia de México, del nivel medio superior y terminal, reunidos para evaluar la enseñanza de la historia prehispánica ante los problemas de desconocimiento de la misma en la región, constituyeron el Seminario Taller de Estudios Prehispánicos de Guanajuato, con dos publicaciones: *Antología de estudios prehispánicos de Guanajuato. Primera Parte* (1994) y *Cuadernos del Seminario de Estudios Prehispánicos de Guanajuato* (1996, año 1, n. 0). En la primera se compilan trabajos de arqueólogos e historiadores publicados e inéditos, y en la segunda se vuelven a difundir artículos ya dados a conocer en medios de la Universidad de Guanajuato.

La institución de estudios de posgrado e investigación, descentralizada representante de El Colegio de México en la entidad, El Colegio del Bajío, fue establecida en León por Wigberto Jiménez Moreno en 1982. Tuvo dos épocas: la de consolidación, conseguida gracias al prestigio del maestro de generacio-

nes de antropólogos, y la de conclusión no deseada. En la primera destaca que en *Norcentro*, con dos números editados, Jiménez Moreno postula lo que puede ser la demarcación histórica y conceptual a que nos venimos refiriendo: ni Mesoamérica ni occidente, sino norcentro, lo cual bien vale comentar detenidamente.

Norcentro de México, una expectativa para deslindar trabajos

Cuando en el inicio de los años ochenta Wigberto Jiménez Moreno regresó a la provincia su persona, su saber y sus haberes, fue a formar un grupo de estudiosos en León: El Colegio del Bajío, luego de haber atisbado el horizonte prehispánico en general y construido sus disertaciones incipientes del problema historiográfico prehispánico, y después de un exitoso texto de la colonización y la evangelización del siglo xvi donde dio cuenta de los grupos indígenas que conocieron los europeos. Hizo un planteamiento más preciso en términos geoculturales, y acaso históricos, si nos fiamos de la arqueología: norcentro. Quiso Jiménez Moreno diferenciar el concepto de los años sesenta, centro-occidente, aceptado y divulgado por Bernardo García en *Historia de México*, t. 1; por Claude Bataillon, en *Las regiones geográficas de México* y por West y Augelli en *Middle America, its Land and Peoples*. Quiso separar la parte que encontraba identificable hacia el norte y que había sido considerada propia del centro-occidente.

Básicamente, se trata de una comarca en la que —durante la época prehispánica— hubo un flujo y un reflujo culturales, así como un forcejeo continuo entre sedentarios y nómadas, como se desprende de los datos arqueológicos manejados por Beatriz Braniff y Ana María Crespo. Los pames, guamares, cuachichiles y zacatecos —colectivamente llamados “teochichimecas”— ocupaban aproximadamente el área desde el río Lerma hasta Saltillo, Parras, Cuernavaca y las cercanías de Durango, y desde Colotlán (en Jalisco) hasta Valles (San Luis Potosí).²⁷

El norcentro, para Jiménez Moreno, es una zona intermedia entre San Juan del Río (Querétaro), Acámbaro (Guanajuato), Pátzcuaro y Zamora (Michoacán), por el sur, y Zacatecas y San Luis Potosí, por el norte; y entre Querétaro y Guadalajara (Jalisco) de oriente a occidente. Explica así su propósito de demarcación:

conviene regresar a la etapa prehispánica y recordar que dos oleadas nahuas sucesivas vinieron del norte: la de los cazcanes que, procedentes de Durango, Zacatecas y Jalisco, fundaron bajo *Mixcóatl* —hará casi once siglos— el *Impe-*

²⁷ Jiménez Moreno, 1984, p. 4-6.

rio Tolteca, y la de los mexicas que desde Mezcaltitlán y Aztatlán en Nayarit llegaron a Nombre de Dios, cerca de Chalchihuites, Zacatecas, remontando el curso de los ríos Acaponeta y San Pedro (o Mezquitil), y desde allí —no lejos de Durango— vinieron por La Quemada hacia Jalisco, Michoacán y Guanajuato. Atravesaron Querétaro e Hidalgo y arribaron al valle de México, donde en 1345 —y no veinte años antes— surgiera Tenochtitlan [...] Del norte, pero tal vez no más allá que el paralelo 26 escasamente rebasado, provenían los tolteca-chichimecas (quizá cazcanes) y los mexicas, y hasta allá se extendería el norcentro.²⁸

El norcentro de México estaría demarcado por hechos arqueológicos de Chalchihuites, considerado complejo cultural semejante a los teotihuacanos: Chalchihuites y el sitio de observación astronómica Alva Vista, justo sobre el paralelo 26, como punto situado más al norte. Debe considerarse que el siguiente yacimiento arqueológico ubicado más al norte es Paquimé, con una notable arquitectura diferente a Chalchihuites; en cambio, el sitio inmediato hacia el sur es La Quemada (para Peter Jiménez), Chicomoztoc (para la tradición) o Teutlan (para Corona Núñez).²⁹

Queda por demarcación al sur, más que los sitios mencionados por el etnólogo, el río Lerma, como gran vía de comunicaciones entre la laguna de Chapala y el valle de Toluca. A no ser que se flexibilice al incluir la franja que propone Jiménez Moreno, quedando así el sitio Chupícuaro, con una antigüedad de 500 años antes de nuestra era, como lo más relevante si se consideran suposiciones de los arqueólogos que rescataron ahí grandes volúmenes de cerámica en 1945 y 1946.³⁰

Dentro de esta vasta zona, rodeada por altas montañas, con el lago Cuitzeo hacia el centro y teniendo como río más importante el Lerma, se encuentran diversos focos de cultura que presentan marcadas diferencias entre sí, aunque también algunas semejanzas. De la arqueología de Chupícuaro resultan varios hechos extraordinarios.

1. Un desarrollo tan singular en el arte de su cerámica, que la coloca como una de las más importantes de México.
2. Una sola época y un solo horizonte cultural, comprobados por esta alfarería.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ Kelly, 1983. Peter Jiménez, en comunicación personal, propone que el sitio no sea más llamado Chicomoztoc para eludir la confusión con el mítico lugar original de los aztecas, o de los dioses; opina que se acepte el nombre dado al territorio en el siglo XVI: La Quemada. En cuanto a la arquitectura prehispánica del centro norte, y viendo desde la de La Quemada, me parece vigente Corona Núñez (1972), quien realizó estudios arqueológicos entre 1949 y 1960 en Zacatecas, Nayarit, Jalisco, Michoacán y Colima; a través de ellos encontró que los sitios fueron adecuados en laderas utilizando terrazas y levantando sobre basamentos las construcciones.

³⁰ *Cuadernos del Seminario...*, 1996.

El lago de Chapala y el valle de Atemajac, en la contigüidad del norcentro, han sido estudiados por Brown, reconociendo fechamientos de nuestra era: la ocupación identificada arqueológicamente en los alrededores del lago de Chapala se limita al posclásico temprano.³¹ La relación entre la ubicación geográfica y su impacto cultural, entre los lagos de Chapala y Cuitzeo, ha sido objeto de estudios que se remontan a una mayor antigüedad, como los de Metcalfe, Brown y otros.³²

La demarcación oriental nos hace volver al norcentro mismo, con los trabajos del CEMCA realizados durante veinte años; de hecho la fundación de la Misión Arqueológica y Etnológica Francesa en México se origina con los trabajos de San Luis Potosí, en 1961, después de las gestiones realizadas en Francia por Paul Kirchhoff y Bosch-Gimpera dirigidas al establecimiento de ese centro de estudios. Importantes obras, como *Les chichimèques* (Rodríguez), hacen la historia y la etnología, con la observación de campo, identificando aspectos culturales y tecnoeconómicos de los grupos humanos que existieron en la región. *Outilage lithique de chasseurs-collecteurs du Nord du Mexique. Le sud-ouest de l'état de San Luis Potosi* parte del supuesto teórico y metodológico de estar estudiando un área demarcada por el objeto de estudio mismo: los artefactos líticos; un fondo "antiguo" que muestra vinculaciones con las zonas vecinas del occidente (Guanajuato, Zacatecas y Sonora) que podría caracterizarse por la presencia dominante de una tecnología común en la talla de lascas preparadas de riolita con orillas naturales en la mayoría de los casos. Una tradición común en el centro y este de México, que aparece sobre todo en el plano de las puntas bifaciales de proyectiles, en algunas formas particulares comunes en Mesoamérica, sobre todo durante el horizonte clásico. Una tradición del centro de México (Coahuila y Chihuahua) visible en pequeños artefactos muy finos de rocas silíceas (raspadores, puntas de flechas y cuchillos...) y en las hachas con garganta.

Otros trabajos han sido compilados en una antología intitulada *Arqueología de San Luis Potosí* (Patricio Dávila Cabrera y Diana Zaragoza Ocaña, compiladores, INAH, 1991, Antologías, Serie Arqueológica), donde se reportan estudios de lo que va del siglo xx sobre pintura rupestre, complejos urbanos, lítica y la asociación con los grupos huastecos.³³

Para llenar el centro de esta demarcación periférica están, como hechos historiográficos, dos publicaciones del Centro INAH Querétaro. Una es la

³¹ *Ibid.*

³² La diacronía la establece a partir de la compilación de fuentes Roy B. Brown, 1988. Otros fechamientos en Metcalfe y asociados, 1990.

³³ La antología de Dávila y Zaragoza sobre San Luis Potosí recupera informes, descripciones e iconografía en más de cien años. Vale la pena conocer el trabajo antropométrico de Serrano y Ramos, 1984.

Primera Reunión de las Sociedades Prehispánicas en el Centro Occidente de México. Memoria (INAH, Cuaderno de Trabajo 1, 1988),³⁴ formada con trabajos de las entidades mencionadas. La otra obra colectiva de un grupo de arqueólogos con experiencia en estudios de Guanajuato y Querétaro resulta una propuesta de la teoría urbanística y arquitectónica (*Cuadernos de arquitectura mesoamericana*, UNAM/Seminario de Arquitectura).

Estoy cierto de que los autores de estos trabajos no tienen por qué aceptar la demarcación geocultural de norcentro; es tan sólo una expectativa para indagaciones futuras y, sin duda, una sugerencia para superar, mediante la asignación de una categoría específica a nuestras entidades, la adscripción en que se nos tiene, entre Mesoamérica y occidente. En todo caso, la propuesta teórica con que Kirchhoff definió Mesoamérica bien puede funcionar para definir norcentro, así como ya ha servido para definir occidente.

FUENTES

ACUÑA, René (ed.), *Relaciones geográficas del siglo XVI: Michoacán*, México, UNAM, 1987.

Arqueología e historia guanajuatense, México, El Colegio del Bajío, 1988.

“Archaeology of Michoacan”, en *Handbook of Middle American Indians. Archaeology of Northern Mesoamerica*, v. 10, USA, University of Texas, 1971.

Artes de México, año XIV, n. 100-101, México, 1968.

Artes de México, año XVI, n. 119, México, 1969, los artículos de Otto Schöndube Baumbach, “Culturas del Occidente de México”, y de Román Piña Chan, “El Occidente de México durante el postclásico”.

BRANIFF CORNEJO, Beatriz, “Oscilación de la frontera norte mesoamericana: un nuevo enfoque”, en *Arqueología*, Revista de la Dirección de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2a. época, n. 1, México, ene.-jul., 1989.

_____, *La estratigrafía arqueológica de Villa de Reyes, San Luis Potosí*, México, INAH, 1992 (Serie Arqueología/Colección Científica).

³⁴ Hers, quien trabaja actualmente la frontera entre norte y occidente, ha llamado la atención con sus conclusiones en 1988 y 1989.

- _____, “El norte de México. La Gran Chichimeca”, en *Arqueología Mexicana*, v. 1, n. 6, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, feb.-mar., 1994, p. 14-19.
- _____, “Diseños tradicionales mesoamericanos y norteños: ensayo de interpretación”, en Barbro Dahlgren y María Dolores Soto de Arechavaleta, *Arqueología del Norte y Occidente de México. Homenaje al Dr. J. Charles Kelly*, México, UNAM, 1995.
- BROWN, Roy B., “Arqueología del Bajío y áreas vecinas”, en José Luis Lara Valdés (coord.), *Guanajuato: historiografía*, México, El Colegio del Bajío, 1988.
- CABRERO G., María Teresa, *Civilización en el occidente de México. Arqueología de la cañada del río Bolaños (Zacatecas y Jalisco)*, México, UNAM, 1989.
- _____, “Los problemas del contacto cultural en arqueología. El sureste de Estados Unidos en Mesoamérica”, en *Anales de Antropología*, v. XXVI, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1990.
- _____, *La muerte en el occidente de México prehispánico*, México, UNAM, 1995.
- CAMPBELL, T. N., *El estado actual del conocimiento sobre las civilizaciones indígenas del occidente del río Mississippi*, mecanoscrito en Biblioteca Juan Comas, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- CARRERA STAMPA, Manuel, “Fuentes para el estudio del mundo indígena, culturas de occidente, norte y noroeste. Relaciones, crónicas e historia”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, t. XVIII, n. 3, jul.-sept., 1963.
- CASAS, Gonzalo de las, “Relación de la guerra de los chichimecas”, en Ramón Acosta Guerrero y José Francisco Pedraza, *Biblioteca histórica y geográfica de San Luis Potosí*, México, Imp. Tacubaya, 1941.
- CASTAÑEDA LÓPEZ, Carlos, *Un antiguo señorío en el Bajío guanajuatense. San Bartolo Agua Caliente* (Tesis de Maestría en Ciencias Antropológicas), Universidad Veracruzana, 1992.
- CORONA NÚÑEZ, José, “Estudios antropológicos en el occidente de México”, en *Memorias de la Facultad de Antropología*, Universidad Veracruzana, Facultad de Humanidades, 1972.
- CORONADO RAMÍREZ, Rodolfo, “Antecedentes, origen y primeros años de la Escuela Nacional de Antropología e Historia”, en *Anales de Antropología*, v. XXVII, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, México, 1990, p. 217-249.

- COVARRUBIAS, Miguel, *El águila, el jaguar y la serpiente. Arte indígena americano. América del Norte, Alaska, Canadá, los Estados Unidos*, México, UNAM, 1961.
- CRESPO, Ana María y Rosa Brambila (coord.), *Querétaro prehispánico*, México, INAH, 1991 (Serie Arqueología/Colección Científica).
- Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*, n. 25, marzo 1993, México, UNAM, Facultad de Arquitectura, Seminario de Arquitectura Prehispánica del Centro de Investigaciones en Arquitectura y Urbanismo.
- Cuadernos del Seminario de Estudios Prehispánicos de Guanajuato*, año 1, n. 0, Universidad de Guanajuato, 1996. En este número se reeditan artículos aparecidos en la revista *Umbral* del Colegio del Estado de Guanajuato: Danuel Rubín de la Borbolla, "Problemas de la arqueología de Chupícuaro"; Elma Estrada Balmori y Román Piña Chan, "Funeraria de Chupícuaro" (n. 29, agst.-oct., 1946); Muriel Porter de Moedano, "La cerámica procedente de Chupícuaro" (n. 30, ene.-abr., 1947).
- DÁVILA CABRERA, Patricio, Diana Zaragoza Ocaña, y Lorena Mirambell (comp. y coord.), *Arqueología de San Luis Potosí*, México, INAH, 1991 (Antologías, Serie Arqueología).
- Dissertation Abstract International*, A. *The Humanities and Social Science*, v. 35, n. 12, part. 1, Michigan, USA, Xerox University Microfilm, 1975.
- ESTRADA BALMORI, Elma y Muriel Porter de Moedano, "La cerámica de Chupícuaro", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, 1945.
- FLORES MORALES, Luz María y Ana María Crespo Oviedo, "Elementos cerámicos de asentamientos toltecas en Guanajuato", en Mari Carmen Serra Puche y Carlos Navarrete (ed.), *Ensayos de alfarería prehispánica e historia de Mesoamérica. Homenaje a Eduardo Noguera Auza*, México, UNAM, 1988.
- GARCÍA MOLL, Roberto, *La Sociedad Mexicana de Antropología y su contribución bibliográfica*, Sociedad Mexicana de Antropología, en Biblioteca Juan Comas, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- _____, *Índice del Archivo Técnico de la Dirección de Monumentos Prehispánicos del INAH*, México, INAH (Colección Científica/120).
- GARCÍA MORA, Carlos, "La Sociedad Mexicana de Antropología: situación actual y propuesta para su mejoramiento", en *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán*, año 16, n. 92, sept.-oct., 1988, p. 16-34.

- GORENSTEIN, Shirley y otros, *Acambaro: Frontier Settlement on the Tarascan-Aztec Border*, Nashville, Tennessee, Vanderbilt University Press, 1985.
- Guanajuato, cerros y bajíos, testigos de la historia. Monografía estatal*, México, SEP, 1988.
- HERS, Marie-Areti, “Caracterización de la cultura Chalchihuites”, en *Primera Reunión sobre las Sociedades prehispánicas en el Centro Occidente de México*, INAH, Centro Regional de Querétaro, 1988, p. 23-28.
- JIMÉNEZ MORENO, Wigberto, *La colonización y evangelización de Guanajuato en el siglo XVI*, México, Cuadernos Americanos, 1946.
- _____, “El norcentro, norte y centro de México”, en *Norcentro*, n. 1-2, León, Guanajuato, El Colegio del Bajío, 1984.
- KELLY, John Charles, *El centro ceremonial en la cultura de Chalchihuites*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1983.
- KIRCHHOFF, Paul, *La cultura del occidente de México a través de su arte*, México, SEP, 1946.
- _____, *Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales*, México, Suplemento de la Revista *Tlatoani*, n. 3, 1960.
- LARA VALDÉS, José Luis (coord.), *Guanajuato: historiografía*, México, El Colegio del Bajío, 1988.
- _____, “El tiempo prehispánico”, en *Historia mínima de Guanajuato*, México, INEA, 1990.
- _____ (comp.), *Antología de estudios prehispánicos de Guanajuato*, México, Universidad de Guanajuato, 1994.
- LÓPEZ LUJÁN, Leonardo, *Nómadas y sedentarios. El pasado prehispánico de Zacatecas*, México, INAH, 1989 (Colección Regiones de México).
- MANZANILLA, Linda y Leonardo López Luján, *Historia antigua de México. El México antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y el horizonte preclásico*, v. 1, México, UNAM-INAH-Miguel Ángel Porrúa, 1994.
- MATOS MOCTEZUMA, Eduardo, “Piezas de saqueo provenientes de Jerécuaro, Guanajuato”, en *Boletín del INAH*, n. 33, 1968, p. 30-35.
- METCALFE, Sara Elizabeth, Roy Bernard Brown y otros, “Arqueología de cuencas lacustres. El impacto humano en Guanajuato y Michoacán”, en *Arqueología*, Revista de la Dirección de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2a. época, n. 4, México, jul.-dic., 1990.

- _____, *The Natalie Wood Collection of Pre-Columbian Ceramics from Chupicuaro, Guanajuato, Mexico*, USA, University of California, Los Angeles, Museum & Laboratories of Ethnic Arts & Technology, 1969.
- NAVARRETE, Carlos, “Pedro Armillas y la Escuela Nacional de Antropología: 1952-1956”, en *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán*, año 16, n. 92, sept.-oct., 1988, p. 3-15.
- NOGUERA, Eduardo, *Cultura tarasca*, México, Departamento de Asuntos Indígenas, 1942, t. II (Culturas Precortesianas).
- OLIVEROS, José Arturo, “Juego de pelota entre ofrendas del Opeño, Michoacán”, en Mari Carmen Serra Puche y Carlos Navarrete (ed.), *Ensayos de alfarería prehispánica e histórica de Mesoamérica. Homenaje a Eduardo Noguera Auza*, México, UNAM, 1988.
- PETERSON, Fredrick A., “Doughnut-shaped Vessels and Bird Bowls of Chupicuaro, Mexico”, en *Ethnos*, Sweden, Statens Etnografiska Muxem, 1955, p. 137-145.
- _____, “Anthropomorphic Effigy Vessels from Chupicuaro, Mexico”, en *Ethnos*, Sweden, Statens Etnografiska Muxem, 1956, p. 161-179.
- PIÑA CHAN, Román, “Un modelo de evolución social y cultural del México precolombino”, en *Boletín de Antropología Americana*, v. 11, jul. 1985, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- POMPA Y POMPA, Antonio, *El INAH y su contribución a la bibliografía nacional*, México, INAH, 1962.
- POMPA Y POMPA, Antonio y Daniel J. Cruz Valencia, *Bibliografía para el estudio del testimonio rupestre en México*, México, INAH, 1985 (Cuadernos de Trabajo/59).
- POWELL, Phillip, *La guerra chichimeca*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.
- Primera Reunión sobre las Sociedades Prehispánicas en el Centro Occidente de México. Memoria*, México, INAH, Centro Regional de Querétaro (Cuaderno de Trabajo/1).
- RAMOS DE LA VEGA, Jorge y Gabriel Zepeda García Moreno, “Investigaciones arqueológicas en Cerrito de Rayas, León, Gto.”, en *Cuadernos de Investigación*, 2a. época, n. 4, León, Guanajuato, El Colegio del Bajío, 1988.
- RAMOS DE LA VEGA, Jorge y Amalia Ramírez Garayzar, *Sitios arqueológicos del municipio de León*, León, México, Universidad Iberoamericana, 1993.

- RAMOS DE LA VEGA, Jorge y Lorena López Mestas Camberos, “Datos preliminares sobre el descubrimiento de una tumba de tiro en el sitio de Huitzilapa, Jalisco”, en *Ancient Mesoamerica*, n. 7, Cambridge University Press, 1996.
- RIONDA RAMÍREZ, Luis Miguel, “La etnología y la antropología social en Guanajuato”, en *La antropología en México, panoramahistórico*, México, INAH, 1988 (La Antropología en México/8)
- _____, “Estudios antropológicos y etnohistóricos en Guanajuato”, en José Luis Lara Valdés (coord.), *Guanajuato: historiografía*, México, El Colegio del Bajío, 1988.
- RODRÍGUEZ, François, *Outillage lithique de chasseurs-collecteurs du nord du Mexique. Le sud-ouest de l'état de San Luis Potosi*, Paris, CEMCA, 1983 (Études Mésoaméricaines II-6).
- _____, *Les Chichimèques. Archéologie et ethnohistoire des chasseurs-collecteurs du San Luis Potosi, Mexique*, Paris, CEMCA, 1985 (Études Mésoaméricaines I-12).
- RUTSCH, Mechthild (comp.), *La historia de la antropología en México*, México, Universidad Iberoamericana-INI-Plaza y Valdés, 1996.
- SCHAVELZON, Daniel, “Teoría e historia de la restauración en México. Los monumentos prehispánicos de Mesoamérica entre 1880 y 1980” (Tesis de Doctorado en Arquitectura), México, UNAM, Facultad de Arquitectura, 1984.
- SERRANO, Carlos y Rosa María Ramos, *Perfil bioantropológico de la población prehispánica de San Luis Potosí*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1984.
- SOCIEDAD MEXICANA DE ANTROPOLOGÍA, *Problemas del desarrollo histórico de Querétaro. Simposio*, Querétaro, SMA-INAH-FONAPAS, 1978.
- TALADOIRE, Eric, *La Gavia et La Purísima. Archéologie de sauvetage dans l'État de Guanajuato (1977)*, Centre de Recherches en Archéologie Précolombienne, Université de Paris I (Document de travail n. 8), mecanoscrito de la Biblioteca del CEMCA, México, D. F.
- La validez teórica del concepto Mesoamérica. XIX Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, México, INAH, SMA, 1990 (Serie Antropología/Colección Científica).
- WEAVER, Muriel Porter, *The Aztecs, Maya and their Predecessors*, San Diego, California, Academic Press, 1993.



- WEIGAND, Phil C. (ed.), *Origen y desarrollo en el occidente de México*, México, El Colegio de Michoacán.
- WILLIAMS, Eduardo y Phil C. Weigand (ed.), *Arqueología del occidente y norte de México*, México, El Colegio de Michoacán, 1995.
- WILLIAMS, Eduardo (ed.), *Contribuciones a la arqueología y a la etnohistoria del occidente de México*, México, El Colegio de Michoacán, 1994.
- ZEPEDA GARCÍA MORENO, Gabriela, "El desarrollo de un núcleo poblacional asentado en la confluencia de los ríos Lerma y Guanajuato: una apreciación" (Tesis de Licenciatura en Arqueología), México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1986.

